

EMOCIONES Y ACTIVISMO CLIMÁTICO

*Alice Poma**

Introducción

En los últimos años, el activismo climático se ha visibilizado y difundido en todo el mundo, con un récord de participación en 2019 —aunque con respuestas diferentes en cada país— y el surgimiento de nuevas organizaciones y grupos, antes y después de la pandemia de COVID-19. Si antes de 2019 las acciones climáticas eran llevadas a cabo por organizaciones de los movimientos sociales (SMO, por sus siglas en inglés), ambientalistas y ecologistas siguiendo la agenda internacional (Dietz y Garrelts, 2014; Tokar, 2014), después de esta fecha, con la emergencia de nuevas organizaciones, como *Fridays for Future* (Viernes por el Futuro) y *Extinction Rebellion* (Rebelión o Extinción), el activismo climático ha visto sumarse nuevos sujetos, en particular una nueva generación de activistas, y nuevos repertorios y estrategias; tanto así que se habla de una nueva ola del movimiento climático (Wahlström, Kocyba, de Vydt y de Moor, 2019) la cual se ha ido amplificando en la pandemia gracias al activismo virtual y local, dando lugar a nuevos repertorios de protesta y organizaciones, como *Letzte Generation* (Última Generación), en algunos países europeos. En México, a las organizaciones que ya eran activas en el frente de la lucha climática en los últimos años, se han sumado jóvenes de diferentes sectores socioculturales, luchadores sociales que defienden el territorio y otros derechos —antiespecistas, antirracistas, anticolonialistas, LGBTQI+—, y más recientemente los representantes de algunas comunidades y pueblos indígenas (Gravante y Poma, 2020a y 2020b; Poma, 2021), dando vida a nuevos grupos y proyectos, como Legaia, Futuros Indígenas o la Asamblea Ecologista Popular. Todo indica que el activismo climático seguirá creciendo y haciéndose complejo, volviendo necesarias nuevas investigaciones para su comprensión.

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Coordinadora del Laboratorio sobre Activismos y Alternativas de Base (lacab.org.mx). Email: <apoma@sociales.unam.mx>.

La evolución del movimiento climático ha dado pie, hasta ahora y sobre todo en el Norte Global, a estudios dirigidos a comprender los nuevos actores, centrándose sobre todo en el compromiso, la organización y los discursos (Dietz y Garrelts, 2014; Knops, 2021; Belotti *et al.*, 2022; Zamponi *et al.*, 2022). A esta literatura se suman las abundantes aportaciones desde la psicología que estudian los impactos del cambio climático en la salud mental (Clayton, 2020; Clayton *et al.*, 2017), con particular atención a los más jóvenes (Ojala, 2012; Ojala *et al.*, 2021). Este capítulo ofrece un acercamiento al estudio de la dimensión emocional del activismo climático, un aspecto que ha empezado a recibir atención en los últimos años por parte de investigadores de diferentes disciplinas, a partir de la idea de que si comprendemos lo que sienten les activistas¹ climáticos, podemos comprender mejor sus razones y acciones.

El objetivo del capítulo es hacer luz sobre por qué y cómo analizar las emociones en el activismo climático, desde el enfoque culturalmente orientado del estudio de la protesta (Jasper, 1997, 2018), el cual se caracteriza por una mirada sociológica a las emociones que caracterizan el activismo.

Se empezará por presentar el enfoque sociocultural de las emociones aplicado al campo de estudio de los movimientos sociales, para sucesivamente centrarnos en la dimensión emocional vinculada al activismo climático, terminando con una sección dedicada a algunas herramientas analíticas útiles a la hora de aplicar este enfoque. A esto seguirá un apartado metodológico para reflexionar sobre cómo analizar la dimensión emocional en el activismo climático, mientras que en las conclusiones se discutirán algunos resultados obtenidos hasta ahora, los cuales esperamos puedan ser punto de partida para futuras investigaciones, sobre todo desde Iberoamérica, donde aún son escasas las investigaciones sobre el activismo climático.

El enfoque sociocultural de las emociones

Una de las dificultades al trabajar con emociones es su definición, ya que “cuando se habla de emociones, la única certeza compartida por los investigadores y los profesionales es que difícilmente es posible toparse con un objeto de estudio tan complejo como central para entender el funcionamiento de un individuo” (De Marco y Ravio-
lo, 2012: 24).

¹ En todo el texto se emplea el artículo “les” para referirnos a activistas climáticos, como una forma de lenguaje inclusivo dado que, según la investigación llevada a cabo en México, un porcentaje importante (10%) de estos activistas se reconoce en el género no binario.

Desde un enfoque sociológico, “las emociones son más bien experiencias complejas que engloban fenómenos numerosos y muy diversos, y cuyas relaciones entre estos fenómenos [*sic*] son imperfectas y difíciles de limitar” (Cabana e Illouz, 2019: 160). Esto permite comprender la propuesta de Jasper de considerar las emociones como procesos de sentir-pensar (*feeling-thinking processes*) ya que, según el autor, “nuestros sentimientos son principalmente maneras para procesar información, orientándonos en el mundo, enviando señales a los demás y preparándonos para la acción” (2018: 6).

Analizar la dimensión emocional desde un enfoque sociocultural significa así comprender cómo las emociones son construidas por los sujetos a lo largo de su experiencia, considerando que en esta construcción influye el contexto biográfico y sociocultural. Esta postura constructivista es compartida por investigadores de diversas disciplinas: sociología, psicología, historia de las emociones y antropología, entre otras.

Para promover un diálogo interdisciplinario es necesario aclarar qué términos empleamos para referirnos a las emociones ya que, en muchas ocasiones, los conceptos y las etiquetas con las que nos referimos a las —o ciertas— emociones son diferentes.

Desde el enfoque sociológico cultural de las emociones, por ejemplo, los términos emoción(es) y sentimiento(s) se emplean como sinónimos, evitando el uso de palabras como afecto o pasión, más comunes en otras disciplinas, como la filosofía. En particular, D’Oliveira-Martins afirma que Hochschild llega a usar indistintamente estos dos términos por un criterio de familiaridad, que “hace referencia a las experiencias reconocidas y reconocibles por los individuos y por los investigadores” (2018: 83), y evita el término pasión relacionado con la pasividad, porque entra en conflicto con la teoría de la autora, que se basa en un sujeto activo frente a sus emociones.

Mientras la psicología clásica y la neurociencia distinguen las emociones —refiriéndose principalmente a las primarias, aunque también se hace referencia a emociones secundarias y sociales— de los sentimientos, siendo las primeras respuestas adaptativas de corta duración y vinculadas con el cuerpo y atribuyendo a los sentimientos una componente cognitiva (Damasio, 2003), desde un enfoque sociocultural podemos hablar de emociones distinguiendo entre ellas categorías (Jasper, 2018) y “casos de emoción” (Feldman-Barrett, 2017), conscientes de que todo lo que sentimos se construye a partir de la experiencia y está permeado por la componente cognitiva.

Desde esta perspectiva, la complejidad de la dimensión emocional se desenreda identificando distintas emociones, no solo mediante las palabras que empleamos para nombrarlas, sino sobre todo a partir de algunas propiedades que las caracterizan,

como la duración, la intensidad o la direccionalidad, además del grado de procesamiento cognitivo. Es así como la teoría de la acción propuesta por Jasper (2018) se ha vuelto una herramienta central para el estudio de la dimensión emocional de la protesta, ya que proporciona una tipología de emociones que permite superar algunas de las mayores dificultades al intentar comprender la dimensión emocional.

Tabla 1: Tipología de emociones

Tipologías	<i>Impulsos</i>	<i>Emociones reflejo</i>	<i>Estados de ánimo</i>	<i>Compromisos afectivos</i>	<i>Emociones morales</i>
Características					
<i>Duración</i>	Corta	Corta	Mediana	Larga	Larga
<i>De qué depende</i>	Del cuerpo	De la experiencia	De la experiencia	De los vínculos físicos y cognitivos	De valores y creencias
<i>Particularidad</i>	Desaparecen cuando satisfechos	Reacciones rápidas	Pueden ser leves o profundos	Apego o aversión hacia alguien o algo	Ligadas al marco de injusticia
<i>Algunos efectos en la protesta</i>	Se pueden convertir en repertorios	Respuesta “pelear o huir”	Dan o quitan energía	Pueden fortalecer los compromisos morales y políticos	Pueden movilizar, unificar o radicalizar
<i>Grado de procesamiento cognitivo</i>	Bajo	Bajo	Mediano	Alto	Alto

FUENTE: Elaborado por la autora con base en Jasper (2018).

Esta tipología de emociones es una herramienta muy útil a la hora de sistematizar los datos sobre la dimensión emocional del activismo porque permite ir más allá de las “etiquetas” (*emotion labels*) con las que nombramos las emociones. De esta manera, podemos evitar la confusión al hablar de “rabia” —como palabra-etiqueta— sin comprender si es una rabia reflejo (ira) o una rabia moral resultado de percibir algo como injusto, como puede ser la “digna rabia” zapatista. También podemos distinguir entre un estado de ánimo de esperanza y una esperanza moral, cuando por ejemplo hablamos de un sentimiento de esperanza que generó la buena participación a una acción o marcha —estado de ánimo—, la cual puede proporcionar energía durante unos días para seguir en la lucha, y la esperanza que ponemos en la eficacia de la acción colectiva, la cual está vinculada con los valores, y puede acompañarnos en varias etapas de la vida. Esta última, la esperanza moral, es la que se evoca y se intenta contagiar en los movimientos sociales, una esperanza constructiva (Ojala, 2012)

sin la cual se puede perder el compromiso o llegar al abandono, y puede además estar asociada con un estado de ánimo de desesperanza. Es decir, hay momentos en los que una persona puede ser pesimista y no sentir esperanza hacia el éxito de algún proyecto, acción o campaña pero, aun así, sentir esperanza hacia la acción colectiva.

Aunque las palabras que usamos para nombrar lo que sentimos son importantes porque, como afirma Feldman-Barrett, “reflejan la variedad de significados emocionales que construimos a partir de simples señales físicas en el mundo usando nuestro conocimiento emocional” (2017: 141), y además, que según Jasper (2018) son el resultado de cómo respondemos a los procesos de sentir-pensar, reducir el conocimiento de la dimensión emocional a las palabras que usamos para nombrar las emociones puede ser muy limitante porque, primero, el uso de los términos con los que nos referimos a las emociones no es preciso —a veces tenemos dificultad para expresar lo que sentimos y podemos no saber qué términos emplear—, y segundo, porque saber que se siente “algo” sin saber hacia quién, o qué lo genera y qué efecto tiene esa emoción en nuestras acciones, no nos proporciona mucha información. Estas dificultades se pueden enfrentar en la elección del método de investigación, como se mostrará más adelante.

Recientemente, también se ha comenzado a cuestionar el uso de los términos “emociones negativas” y “positivas”, porque tienen una connotación moral y política ya que, como muestran Cabanas e Illouz, la psicología positiva, vinculada con la ideología neoliberal, ha establecido una jerarquía emocional que se basa en:

...una marcada división entre lo que consideran emociones positivas y emociones negativas, defendiendo ambas como entidades psicológicas antagónicas que predicen comportamientos funcionales y disfuncionales respectivamente. Emociones como la alegría, la esperanza, la gratitud o el compromiso anticipan la formación de empleados más productivos, de compañeros más cariñosos y de individuos más resilientes, más sanos y realizados; por el contrario, insisten, emociones como la envidia, el odio, la ira o la tristeza suponen impedimentos importantes a la hora de construir psiques sanas, personalidades e identidades sólidas o relaciones sociales íntimas y duraderas (2019: 155).

Como destaca también Rezzonico (2012), la dimensión dicotómica positivo-negativa, que implica emociones que son buenas y emociones que son malas, que son mejores o peores, es reproducida en diferentes enfoques psicoterapéuticos, y criticada por el enfoque constructivista en psicología que considera las emociones como “las herramientas capaces de orientarnos en nuestra continua e incesante actividad de construcción de nuevos significados, las únicas capaces de informarnos de manera repentina e infalible” (De Marco y Raviolo, 2012: 35).

Tomar en cuenta esta crítica es particularmente relevante en el análisis de los movimientos sociales donde algunas emociones comúnmente consideradas “negativas”, como la rabia o el dolor, pueden tener un fuerte efecto movilizador y una componente política que la psicología dominante no reconoce:

Lo que la psicología positiva llama emociones negativas son, en realidad, complejos emocionales cargados de un fuerte componente de reacción y cambio político. Instigando a eliminarlas o a convertirlas en emociones más positivas en aras del crecimiento personal, los psicólogos positivos no solo vacían estas llamadas emociones negativas de su utilidad y valor social y personal, sino que también neutralizan su naturaleza política (Cabanas e Illouz, 2019: 164).

Por ello, desde un enfoque sociocultural, creemos que sea más correcto emplear los términos “agradables” y “desagradables”, ya usados por Norgaard (2011) y Jasper (2018), este último refiriéndose a los estados de ánimo, ya que estos adjetivos no implican una jerarquización de las emociones y ponen al centro de la comprensión de la dimensión emocional la experiencia del sujeto. Asumir esta idea implica aceptar que la dimensión emocional está conformada por emociones que pueden influir de manera diferente en el estado de ánimo, y que tienen que ser manejadas de forma diferente, aun siendo parte de la experiencia de los sujetos. La utilidad de seguir distinguiendo las emociones entre “agradables” y “desagradables” se basa en que, a menudo, la experiencia humana está compuesta por lo que comúnmente las personas llaman “emociones encontradas”, cuya interacción es central para comprender la experiencia del sujeto. En este sentido, Jasper introdujo el concepto de batería moral, para identificar emociones opuestas cuya “tensión o contraste motiva la acción o demanda atención” (2012: 52), como vergüenza-orgullo, o pena-alegría.

Por último, identificar emociones agradables y desagradables también es relevante a la hora de analizar aquellas que se generan en pensar en el problema que les activistas enfrentan —en este caso la emergencia climática— o en su respuesta social —*business as usual*, negociación, eco parálisis, etc.—, y las que genera la experiencia del activismo, las cuales pueden ser tanto desagradables como agradables, siendo estas últimas centrales para el manejo emocional de las emociones desagradables.

Pasamos ahora a comprender cómo y por qué es útil aplicar el enfoque sociocultural de las emociones en el campo de estudio de los movimientos sociales.

Emociones y activismo climático

En esta sección se muestra cómo el enfoque sociocultural de las emociones aplicado a los movimientos sociales puede ser útil a la hora de comprender el activismo climá-

tico. Para ello, se mostrará la relevancia de las emociones al enfrentarse al cambio climático y, sucesivamente, una revisión de la literatura sobre estos conceptos.

Como se puede leer en el último informe del panel intergubernamental de cambio climático, “se espera que los desafíos de salud mental, incluidos la ansiedad y el estrés, aumenten con el calentamiento global en todas las regiones evaluadas, en particular para niños, adolescentes, ancianos y personas con problemas de salud subyacentes” (IPCC, 2022: 15). Esto explica por qué, en los últimos años, se han multiplicado los estudios psicológicos sobre emociones y cambio climático.

Los resultados proporcionados por psicólogos que estudian el impacto del cambio climático en la salud mental nos indican que las emociones que las personas experimentan dependen de su experiencia y percepción del problema (Clayton *et al.*, 2017; Ojala *et al.*, 2021). Los psicólogos identifican diferentes emociones que cambian según si las personas son víctima de un desastre provocado atribuido al cambio climático, experimentan cambios en su territorio debido al cambio climático, o perciben los cambios graduales del mismo (Poma, 2019b: 183). En este sentido, el trabajo de Du Bray *et al.* (2017), muestra que los habitantes de islas duramente afectadas por el cambio climático sienten emociones como la preocupación o la tristeza de manera más intensa que otros contextos menos afectados o desfavorecidos. Esto es un elemento a considerar también en el estudio del activismo climático, ya que muchos de los activistas no han sido afectados por eventos naturales extremos, aunque llegan a sentir emociones como el “dolor climático” (Running, 2007) o la “ecoansiedad” (Albrecht, 2011).

La Asociación Estadounidense de Psicología (APA, por sus siglas en inglés) estableció el término “ecoansiedad” para crear conciencia sobre los efectos de la crisis climática en la salud mental (Clayton *et al.*, 2017). Por su parte, Albrecht presenta la ecoansiedad como uno de los impactos psicoterráticos negativos emergentes del cambio ambiental y la define como un tipo de ansiedad “relacionada con un entorno cambiante e incierto” (2011: 49).

A pesar de sus connotaciones negativas, la ansiedad climática, o ecoansiedad, puede jugar un rol crucial en la lucha contra el cambio climático, ya que afecta la toma de decisiones de un individuo y, en última instancia, puede influir en la acción humana. Como afirma Jasper: “en contraste con el pánico paralizante, cierta ansiedad es útil, tal vez necesaria, para movilizar la protesta. Sin ella, pocos votarían, protestarían o participarían en otras actividades políticas. Un mapa de las angustias de una sociedad es un mapa de su política” (2018: 41).

Otro concepto introducido por Albrecht (2011) es la “ecoparálisis”, que es la incapacidad de responder significativamente a los desafíos climáticos y ecológicos

que enfrentamos, y deriva de las brechas entre el conocimiento, los valores y el comportamiento de las personas. Si consideramos la ecoparálisis como la respuesta dominante a la crisis socioambiental y climática, estudiar el activismo climático nos puede dar pistas de cómo les activistas evitaron caer en ella.

Otra emoción estudiada por psicólogos y sociólogos es el miedo, ya que este ha sido empleado como estrategia comunicativa ante el cambio climático durante mucho tiempo. Este miedo climático (*climate fear*), alimentado por las narrativas catastrofistas de los medios de comunicación de masas, ha sido explotado políticamente, pero se ha demostrado ineficaz a la hora de sensibilizar a la población respecto al cambio climático, convirtiéndose más bien en una emoción incómoda que alimenta la negación del problema (Norgaard, 2011; Smith y Leiserowitz, 2014). Si bien la literatura psicológica sobre salud mental y el cambio climático se ha enriquecido mucho en los últimos años, todavía hay pocos trabajos que analicen la dimensión emocional del activismo climático.

Kleres y Wettergren (2017) publicaron uno de los primeros artículos, si no el primero, sobre activismo climático y emociones desde el enfoque sociológico, y se centran en analizar miedo, esperanza, rabia y culpa en activistas que participaron en las acciones de 2015 en París, destacando algunos patrones como, por ejemplo, que la rabia se expresa más claramente en les activistas del Sur Global, siendo reprimida en los del Norte, o la interacción entre ciertas emociones, como miedo y esperanza. Poma (2018) muestra las emociones que genera el cambio climático en activistas que defienden el medio ambiente, destacando las emociones que alejan a estos sujetos del tema del cambio climático, entre las cuales se encuentran las incómodas —miedo, impotencia y culpa—, junto a los vínculos afectivos hacia las élites que enfrentan el cambio climático, hacia las cuales se siente desconfianza, cuando no desprecio. El trabajo de Poma y Gravante (2021) analiza las emociones que les activistas climáticos sienten hacia el problema durante las acciones climáticas y las que se generaron en la pandemia, mostrando cómo las emociones que se construyen durante la participación en la acción colectiva —también definidas como emociones de la resistencia (Whittier, 2001)— son las únicas agradables y juegan un papel central en manejar las emociones desagradables que se sienten al pensar en el cambio climático o la pandemia. Lorenzini y Rosset (2023) analizan el miedo y la rabia en las acciones climáticas llevadas a cabo en el Norte Global en 2019, concluyendo que las dos emociones motivan la acción climática. Sin embargo, también evidencian un patrón generacional, ya que mientras los jóvenes sienten más miedo que rabia, los adultos están más enfadados a causa de las expectativas que tienen hacia los tomadores de decisiones.

Desde los estudios en comunicación, Molder *et al.* (2022) analizan el contenido de los *posts* de Instagram de Greta Thunberg, mostrando que la esperanza es empleada como una práctica de empoderamiento, mientras Belotti *et al.* (2022) exponen que les activistas de Viernes por el Futuro logran generar compromiso y contagio emocional gracias a una narrativa emocional compartida por medio de las redes socio-digitales, las cuales funcionan gracias a la empatía. En otro artículo, Soler-Martí, Fernández-Planells y Pérez-Altamira (2022) ponen en evidencia el uso de la idea de esperanza en las redes sociales de Viernes por el Futuro-Barcelona, la cual se evoca en un contexto de desesperanza. Desde la perspectiva del estudio de los afectos en política, Knops (2021) analiza la indignación que sienten les activistas por el clima en Bélgica, y muestra cómo esta emoción incluye a otras emociones, como rabia, ultraje, esperanza, miedo y compasión, con el objetivo de comprender el conflicto entre dos imaginarios contrapuestos que coexisten en la narrativa de les activistas.

El número de publicaciones recientes sobre emociones y activismo climático muestra un interés interdisciplinario creciente en este aspecto, pero también pone en evidencia por lo menos dos aspectos que nos interesa destacar en este capítulo: 1) que la gran mayoría de los estudios provienen del Norte Global, y 2) que la mayoría de los estudios analizan pocas emociones, principalmente las emociones primarias, perdiéndose así la oportunidad de comprender en profundidad la complejidad de la dimensión emocional del activismo climático. A esto se añade que muchos estudios se concentran en las emociones expresadas públicamente —en redes sociales o discursos públicos— cuando la mayoría de las emociones, tanto las que son generadas por el cambio climático, como las que se construyen al participar en la acción colectiva, difícilmente se expresan públicamente, y muchos menos las desagradables.

A mi parecer, esto sucede al menos por dos razones: la primera es que muy pocos trabajos reflexionan sobre cómo se están estudiando las emociones en el activismo climático —una excepción es el artículo de Kleres y Wettergren (2017)—, y en muchos casos falta un diálogo con el campo de estudio de los movimientos sociales que incorpora las emociones; y la segunda, confirma lo que Jasper (2018) y Feldman-Barratt (2017) sostienen en su trabajo, es decir, que es más sencillo, en un contexto cultural occidental, comprender y estudiar las emociones desde la visión clásica que las considera como reflejos evolutivos, universales y fisiológicos, en oposición con la racionalidad, que enfrentar la complejidad de la visión constructivista de las emociones. Por último, analizar las emociones expresadas públicamente y/o centrarse solo en unas pocas requiere de menor tiempo de investigación y permite publicar resultados más rápidamente, lo que se considera una ventaja en un contexto laboral académico caracterizado por la precariedad y la competencia. Sin embargo, para com-

prender la dimensión emocional del activismo es necesario abarcar su complejidad, y aceptar que “las combinaciones y secuencias de los procesos de sentir-pensar son difíciles de desenredar, pero no podemos darnos por vencidos. Es nuestra única esperanza para desenredar el misterio de la acción social” (Jasper, 2018: 14).

Lo anterior nos lleva a comprender por qué apostamos por el enfoque sociocultural aplicado al estudio de los movimientos sociales para comprender el activismo climático.

Algunas herramientas analíticas desde el estudio de los movimientos sociales

Después de más de una década de la publicación del artículo “Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research” (Jasper, 2011) —primer trabajo del autor traducido al español—, la línea de investigación sobre emociones y protesta se ha consolidado y difundido en diferentes países (Poma y Gravante, 2017; Massal, 2021; Ruiz-Junco, 2013; Flam, 2015). La teoría de la acción, desarrollada por Jasper (2018), ha permitido incluir la dimensión emocional de la protesta en el análisis de diferentes dinámicas —reclutamiento, movilización, agotamiento, estrategia, rituales, *performances* y radicalización, entre otras— y movimientos sociales —feminista, ecologista/ambientalista, LGBTQI+, de víctimas, etc.—, adaptándose a las exigencias de diferentes tiempos y geografías, ya que es una teoría culturalmente orientada y pone al sujeto en el centro del análisis (Jasper, 1997).

En cuanto a herramientas analíticas a disposición, cómo ya destacamos en el apartado anterior, la tipología de emociones desarrollada por Jasper (2018) permite identificar diversas emociones que podemos estar nombrando con la misma palabra. De las cinco tipologías, es probable que las que requieren mayor procesamiento cognitivo y tienen mayor duración sean las que impacten más en el activismo climático. Entre estas encontramos las emociones morales, que incluyen el ultraje, la indignación o la rabia moral; los compromisos o lealtades afectivas y los estados de ánimo.² Los compromisos o lealtades afectivas —amor, respeto, confianza, admiración y sus opuestos— pueden dirigirse hacia otros seres humanos —aliados o enemigos—, pero también hacia ideas, lugares y otras especies (Jasper, 2018; Poma, 2017, 2019a).

² Las dos categorías de Jasper (2018) que no se mencionan son: las emociones reflejo (o primarias) y los impulsos. Estas categorías se refieren a emociones con una componente cognitiva escasa o nula, que podrían ser relevantes en caso de verse afectados por eventos meteorológicos extremos, pero no de la misma manera para el activismo climático cuyas emociones están más vinculadas con la construcción social del problema, en lugar de la experiencia directa.

Los estados de ánimo, como el entusiasmo, la esperanza o la depresión y la resignación, aunque no duren tanto como las anteriores, pueden influir en los procesos de participación y en cómo perciben los activistas las otras emociones.

Otros conceptos que podrían ser útiles para comprender el activismo climático son las emociones del trauma que, como sugiere la palabra, se sienten al vivir un evento traumático, y las emociones de resistencia, es decir, aquellas que se generan al participar en la protesta (Whittier, 2001; Gravante, 2020a) que, como mostró Jasper (1997), pueden ser compartidas entre los activistas y participantes, destacando su dimensión colectiva. Aunque, como sugieren también Kleres y Wettergren (2017), no hay evidencias de que el cambio climático haya generado lo que Jasper (1998) definió un *shock* moral (véase también Poma, 2017), existen reflexiones alrededor del cambio climático como trauma a nivel individual cuando se vive un evento meteorológico extremo (Clayton *et al.*, 2017), pero también a nivel colectivo o cultural (Brulle y Norgaard, 2019).

Por último, es oportuno presentar el concepto de manejo emocional (Hochschild, 1979, 1983) porque, aunque la autora no ha trabajado directamente los movimientos sociales o el cambio climático, el concepto de manejo emocional que ha desarrollado desde la sociología de las emociones es central para comprender cómo los activistas climáticos sobrellevan las emociones desagradables.

Norgaard (2011) emplea este concepto para mostrar cómo las emociones desagradables pueden llevar a la negación del cambio climático, ya que los seres humanos desarrollamos estrategias para evitar las emociones incómodas. Así, este concepto es central tanto para la comprensión del activismo, como para el más amplio impacto emocional del cambio climático en las personas —no activistas.

Hochschild indica dos tipologías de manejo emocional: la evocación y la supresión, las cuales se pueden conseguir mediante la actuación superficial y en profundidad, con técnicas cognitivas, corporales y expresivas. A estas se suma el concepto de “canalización de las emociones” que emplean autores del campo de estudio de los movimientos sociales, como Taylor y Whittier (1995), Jasper (1998), Reger (2004) y Gould (2009). Es importante evidenciar que, como destaca Whittier (2001), los niveles individuales y colectivos de trabajo emocional no son netamente separables ya que los dos niveles se alimentan mutuamente gracias al papel que juegan las parejas, los amigos y otros activistas en el manejo de las emociones (Lively y Weed, 2014).

Vinculado con el concepto de manejo emocional, Hochschild ha propuesto también el de reglas del sentir, que indica las emociones que son socialmente esperadas en cada contexto sociocultural. Los movimientos sociales pueden desafiar las reglas del sentir dominantes y llegar a proponer nuevas reglas (Gravante, 2020). Aunque toda-

vía no existen estudios publicados que identifiquen las reglas del sentir del movimiento climático, podemos pensar que la preocupación por los efectos de la emergencia ya se haya convertido en una regla del sentir que comparten todos los activistas — y que les diferencia de los actores que no actúan— para enfrentar la crisis.

Para concluir, aplicar el enfoque sociocultural para comprender el activismo climático significa identificar las emociones más relevantes en la experiencia de los activistas, la interacción entre estas emociones y sus posibles efectos en la protesta. Las emociones, como parte de la cultura, pueden además convertirse en indicadores de cambio cultural cuando, desde el activismo y los movimientos sociales, se desafían las reglas del sentir dominantes. Analizar la dimensión emocional desde el enfoque sociocultural permite comprender el activismo y los movimientos sociales tomando en cuenta las dimensiones individual y colectiva, la biografía y la cultura. Recordamos también que el activismo, así como la participación en un movimiento social, representan un momento de ruptura en la vida de una persona, la cual actúa por sentirse amenazada a nivel individual y colectivo o por defender algo que siente amenazado, ya sea una idea, un lugar, un valor, otro ser viviente, etc. Esto hace que las dinámicas emocionales que estudiamos algunas veces se diferencien de las de la vida cotidiana, debido a este contexto excepcional; de igual manera, hay emociones que caracterizan las experiencias de protesta, como las emociones morales, más que en la vida cotidiana. Sin embargo, las emociones construidas en la protesta cambian la vida de las personas más allá de la contienda, siendo así centrales para comprender los impactos biográficos de esta.

Pasamos ahora a analizar las herramientas metodológicas que pueden ser útiles para analizar el activismo climático desde el enfoque sociocultural de las emociones y los movimientos sociales.

¿Cómo estudiar las emociones en el activismo climático?

Las emociones se pueden analizar desde diferentes disciplinas y enfoques, y cada uno prevé el empleo de técnicas de investigación diferentes.

Desde el enfoque sociocultural se trabaja con una perspectiva cualitativa, ya que interesa comprender cómo los sujetos construyen las emociones y sus efectos en la protesta, pudiendo enriquecer los datos con un diseño metodológico mixto.

Siguiendo el legado de Jasper (1997, 2018), se puede empezar con identificar las emociones más relevantes en el activismo climático, y buscar qué efectos tienen en la protesta. En un nivel más avanzado de la investigación, se puede analizar cómo las diferentes emociones que sienten los activistas —las cuales muchas son veces emo-

ciones encontradas— interactúan entre ellas —por ejemplo, cómo la esperanza ayuda a sobrellevar la desesperanza, o cómo el miedo al futuro se pueda canalizar en rabia hacia quien está poniendo en riesgo ese futuro—, y cómo les activistas manejan las emociones incómodas o tratan de contagiar las movilizadoras. También, se puede analizar la cultura emocional del movimiento, o de una organización o agrupación, intentando comprender si se han conformado reglas del sentir del grupo o movimiento, y cómo les activistas se acoplan a estas reglas.

Para lograr todo lo anterior necesitamos datos sobre lo que sienten les activistas, y para eso es necesario determinar qué y cómo preguntarles. A esta altura, es importante tener en cuenta que en muchas culturas o contextos puede ser incómodo compartir lo que se siente, es entonces necesario corroborar si existe esta incomodidad, y buscar estrategias para superarla. Aunque a veces puede ser difícil lograr estos datos —por ejemplo cuando una persona no quiere compartir su sentir, o simplemente no está acostumbrada a eso—, construyendo confianza con les activistas, explicándoles con anterioridad que se les preguntará lo que sienten, conociendo el contexto cultural y las palabras comúnmente empleadas para expresar las emociones y empleando la empatía como capacidad para comprender las emociones que nos están compartiendo los sujetos de la investigación, se puede lograr acceder a la dimensión emocional.

En cuanto al método de la investigación se pueden aplicar diferentes técnicas, conscientes de que cada una puede aportar información diferente. Por ejemplo:

- La *observación participante* puede ser útil en eventos y acciones climáticas presenciales y en línea, para conocer a les activistas, observar la interacción entre ellos y el repertorio de la protesta, escuchar sus opiniones y demandas, triangular y averiguar información, e identificar las emociones que expresan les activistas, así como del clima emocional en las acciones. Desde un enfoque sociocultural constructivista, no nos interesa centrarnos en las expresiones faciales como indicador de emociones (Feldman-Barrett, 2017), pero sí podemos observar todo lo que nos dé información sobre emociones, siempre y cuando luego averiguamos con los sujetos qué emociones sintieron y qué las generó y hacia quién están dirigidas. Es importante también tomar en cuenta que las técnicas cambian según las tipologías de las emociones que queremos analizar. Como muestra Jasper (2018), las emociones reflejo pueden analizarse por medio de videos que muestran expresiones faciales, posturas, tonos de voces, etc. Pero, para las demás categorías de emociones, esta herramienta no aporta más que una grabación de audio.

- El *análisis textual* —de los contenidos de las redes sociodigitales u otros documentos de las organizaciones— puede ser muy útil para analizar las emociones expresadas pública y estratégicamente, pero no permite acceder a los estados internos y a las emociones que les activistas sienten a lo largo de su experiencia. Además, es más probable que sean las emociones agradables o consideradas movilizadoras, como las emociones morales, las que se expresen públicamente, no permitiendo acceder a la totalidad de la dimensión emocional de la experiencia de les activistas y, de hecho, invisibilizando a las experiencias individuales y a las minorías. Esta técnica puede ser útil en una investigación sobre el uso estratégico de las emociones en alguna organización del movimiento climático, o para identificar reglas del sentir del grupo pero, desde una perspectiva sociocultural de las emociones, tendría que ser complementada con otras técnicas que dan voz a los sujetos. Una excepción sería la técnica de los diarios emocionales, donde se pide a les activistas escribir lo que sienten a lo largo de la experiencia de activismo. Para que esta técnica funcione es necesario formar a las personas que llevan los diarios para que haya una continuidad y para que sepan qué reportar. Es una técnica que requiere un alto grado de compromiso y confianza entre investigador/a y sujeto, además de un seguimiento del proceso.
- Las *encuestas* permiten identificar patrones y corroborar hipótesis que surgen de la observación participante, como las emociones que caracterizan a ciertos actores o su dinámica, y ciertos patrones, que pueden ser de género o edad. Entre sus ventajas se resalta que permiten cubrir un número amplio de personas en poco tiempo y acceder a las emociones que se sienten en momentos específicos, como en una marcha. Las encuestas también son útiles para poder observar cambios de patrones en el tiempo —por ejemplo, el aumento de la preocupación o la ansiedad hacia un problema como el cambio climático, cada día más presente en nuestras vidas. En cuanto a sus límites, las encuestas no permiten dialogar con las personas que participan en la investigación y, por lo mismo, no ofrecen la oportunidad de profundizar con las personas acerca de lo que sienten. En nuestra experiencia con activistas climáticos, hemos podido comprobar que esta técnica resulta útil cuando se hacen preguntas cerradas para corroborar qué tanto ciertas emociones son sentidas por un número amplio de personas —indicando también la direccionalidad y el objeto de cada emoción; por ejemplo, rabia hacia los tomadores de decisiones o miedo hacia el futuro—, mientras que, al hacer preguntas abiertas, el riesgo es que las etiquetas con las que se nombran las emociones nos lleven a resultados contradictorios o de difícil interpretación, ya que la persona no tiene el tiempo de profundizar su respuesta y puede usar una etiqueta con diferentes sentidos, o

no sentirse cómoda a expresar ciertas emociones. Por todo lo anterior, desde el enfoque tratado en este capítulo, sugerimos triangular los datos obtenidos mediante encuesta con otras técnicas, para ofrecer resultados que reflejen la experiencia de los sujetos.

- La *entrevista en profundidad* es la técnica más usada para explorar la dimensión emocional en su complejidad, y permite comprender cómo se construyen las emociones y cómo interactúan entre ellas (Poma y Gravante, 2022a). Es muy importante dedicar tiempo al diseño del cuestionario o la guía de preguntas con el fin de obtener los datos necesarios para responder a la pregunta de investigación ya que, en la entrevista, los activistas pueden compartir muchos aspectos de su experiencia. Las entrevistas pueden emplearse para conocer los estados internos y explorar las emociones incómodas, pero también la dimensión estratégica y pública. Al contrario de las otras técnicas, son útiles para conocer toda tipología de emociones. Entre las posibles estrategias en el diseño de las entrevistas se puede optar por provocar una narrativa de los activistas acerca de su experiencia, en la que emergen las emociones, o focalizar las preguntas sobre ellas. Como en los grupos de discusión, se pueden usar estímulos para ayudar a la persona entrevistada a reflexionar sobre ciertos eventos, información o emociones. Por ejemplo, en las entrevistas llevadas a cabo entre otoño de 2022 y la primavera de 2023, para explorar la construcción de las emociones en activistas climáticos en México, además de preguntas abiertas sobre su activismo se proporcionaron los siguientes esquemas para estimular a los entrevistados a reflexionar en las emociones que caracterizan su activismo:

Esquema 1



Esquema 2



Esta estrategia surgió para superar la dificultad de expresar y compartir las diferentes emociones que se pueden vivir a lo largo del activismo. Las emociones incluidas en los esquemas han surgido en la primera fase de la investigación (2019-2021) con activistas climáticos. El o la entrevistador/a puede guiar la entrevista recordando eventos o recuerdos que han sido mencionados con anterioridad, y preguntando cuáles de estas emociones habían acompañado aquel momento, de la misma manera en que puede preguntar sobre emociones específicas que ya surgieron en la entrevista, pero sin profundizar el proceso de su construcción. La aplicación de estos estímulos ha resultado muy útil para abarcar un amplio abanico de emociones que, en caso de respuestas abiertas, hubiera sido más reducido, por no creer necesario compartir todo lo que se ha llegado a sentir, o no recordarlo en el momento de la entrevista. Los esquemas estimulan así a la persona a pensar cuál de las emociones allí escritas han sido más importantes en su experiencia y profundizar en su construcción. Es interesante observar que, gracias a estos estímulos, logramos encontrar la manera en que algunas emociones, como la preocupación para el cambio climático, son similares y comunes entre los activistas climáticos; mientras otras, como la compasión, cambia según la experiencia y los valores del sujeto, estando presente en algunos y en otros no, o dirigida a objetos diferentes —animales

no humanos, otros seres vivientes como árboles, u otros seres humanos, en particular los más vulnerables al cambio climático.

- Por último, los *grupos de discusión* pueden ser útiles para observar cómo cambian las emociones expresadas en un contexto de interacción entre activistas con respecto a las expresadas individualmente, y pueden estimular un diálogo entre sujetos acerca de ciertas emociones. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la interacción entre activistas también puede estar influenciada por emociones y hay que conocer si existen motivos para que los participantes puedan no sentirse cómodos en compartir o dialogar con ciertas personas, o si el estado de ánimo, individual y colectivo, puede ser muy profundo e influir en el proceso —por ejemplo, un grupo de discusión en un momento de desánimo o pesimismo del grupo, a causa del fracaso de una táctica o proyecto, o un clima de miedo a causa de la represión, pueden dirigir la discusión hacia las emociones más desagradables, sin que por eso estas sean las más relevantes, más allá del momento concreto. Suficiente información sobre las personas y los grupos que participan en las sesiones colectivas, así como la sensibilidad del/a investigador/a en llevar a cabo el proceso, pueden evitar posibles dificultades.

Para comprender los resultados que se obtienen con entrevistas y encuestas es necesario conocer el contexto sociocultural en el que estas emociones se han construido. Ya desde los trabajos temprano de Hochschild (1975, 1979), sabemos que las emociones pueden variar por género, edad o clase social, y que además es importante conocer qué las genera o hacia quién se sienten. La comprensión de la dimensión emocional en el contexto donde viven los activistas es central también para poder comparar las emociones con las que sienten los activistas que viven en contextos sociales y culturales diferentes. Por ejemplo, Kleres y Wettergren (2017) afirman que entre los activistas climáticos que entrevistaron en París, en 2015, la rabia era presente sobre todo en los activistas del Sur Global, siendo una emoción sancionada en las democracias liberales del Norte Global. Los datos de las encuestas que aplicamos en México (Poma y Gravante, 2021, 2022b; Gravante y Poma, 2022) apuntan a que la rabia hacia gobiernos y empresas que no actúan para enfrentar el cambio climático no la sienten de la misma manera todos los activistas, sino que es propia de un activismo más radical que se reconoce en valores como el anticapitalismo, y esto lo confirmaría también el uso de la rabia como emoción reivindicada por *Extinction Rebellion*, en Europa, la cual es una organización que ha elegido una postura más radical que otras dentro del movimiento climático.

Conclusiones

Es probable que el activismo climático será más visible al aumentar los efectos de la emergencia climática en todo el planeta. Analizar la dimensión emocional de este activismo permitirá comprender en profundidad las diferentes dinámicas de las protestas y acciones climáticas en el presente y el futuro, ya que las emociones reflejan identidad, valores, creencias y acciones de personas y grupos.

Si, por un lado, la psicología avanza mucho en la comprensión del impacto del cambio climático en la salud mental, desarrollando estrategias para aprender a vivir en un mundo amenazado por los efectos del cambio climático, el estudio de los movimientos sociales y la sociología de las emociones pueden generar conocimiento sobre las emociones que acompañan la resistencia y la generación de alternativas frente al colapso.

Idealmente, la construcción de este conocimiento tendría que ser transdisciplinario, es decir, el resultado de la colaboración entre científicos de diferentes disciplinas y otros actores con conocimientos diferentes, sean activistas o comunidades indígenas. También tendría que ser situado, pero con la aspiración de poder circular fuera de los contextos sociales y geográficos donde se genera. Por ejemplo, la comparación de datos obtenidos en diferentes contextos es central para comprender los procesos “universales” y los que dependen de la cultura. El hecho de que la gran mayoría de las investigaciones sobre emociones, cambio climático y activismo climático estén basadas en el Norte Global y publicadas en inglés, evidencia una laguna que hay que colmar generando datos desde el Sur Global y en otros idiomas.

Entre los resultados de la investigación en México que podrían abrir un debate sobre la dimensión emocional en el activismo climático en Iberoamérica, se quieren destacar los siguientes: *a)* les activistas climáticos sienten más emociones desagradables que agradables, ya que las primeras son generadas por los efectos del cambio climático, la falta de respuesta social al mismo y también los conflictos internos, así como otras experiencias desagradables en el activismo, mientras que las segundas son principalmente vinculadas con los efectos agradables de la acción colectiva como la solidaridad, la hermandad, la consolidación de una identidad colectiva, el placer de la protesta y el empoderamiento; *b)* entre todas las emociones que caracterizan al activismo climático, las tipologías de emociones morales y compromisos afectivos son las que más impactos tienen a la hora de movilizar o desmovilizar —esto no impide analizar otras categorías, como los estados de ánimo o las emociones primarias y los impulsos, en el caso de estudios donde se demuestre que están influyendo en el activismo—; *c)* entre las emociones morales, la preocupación por el cambio climático es

muy común entre los activistas y es movilizadora; *d*) los activistas climáticos sienten ecoansiedad, más por la falta de respuesta al problema que por los efectos del mismo, pero esta no les paraliza, porque la logran manejar gracias a su compromiso y a los beneficios emocionales del activismo; *e*) entre las emociones morales, las que movilizan son tanto las agradables como las desagradables, como el miedo o la preocupación; *f*) los estados de ánimo, aunque menos estudiados, también son importantes para comprender las diferentes etapas del movimiento climático y habría que averiguar si estos influyen en la creación de un clima emocional del movimiento; *g*) los compromisos afectivos entre activistas, las emociones que Jasper (1997) define como recíprocas, juegan un papel central en la superación de la soledad y eventuales estigmas que pueden haber llegado a experimentar los activistas; y *h*) las emociones agradables permiten a los activistas manejar las desagradables y evitar el agotamiento, sin embargo, aún queda por conocer mejor las estrategias de manejo emocional que han desarrollado los activistas tanto a nivel espontáneo e individual, como estratégico y colectivo.

Esperamos que estos resultados logren inspirar futuras investigaciones que exploren estos y demás aspectos de la dimensión emocional del activismo climático, aplicando el enfoque sociocultural en diferentes contextos sociales, culturales y geográficos, para contribuir al debate sobre el papel de las emociones en la protesta y conocer más a profundidad el activismo climático a partir de la idea de que “las herramientas del análisis cultural, con la ayuda de la conciencia psicológica, son los mejores medios para abordar las emociones que más importan en la política y el conflicto social” (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001: 13).